

Ag. 7/69

EDICION DE LUJO, ILUSTRADA CON LÁMINAS.

MISTERIOS DE ROMA

a546
O SEA LA

HISTORIA DEL PODER TEMPORAL,

descubriendo

SUS INTRIGAS, SUS CRÍMENES, SUS CONSPIRACIONES, EL TRÁFICO DE LOS OBJETOS SAGRADOS, LA VENTA DE INDULGENCIAS Y BEATIFICACIONES DE GRACIAS Y DISPENSAS, Y DE CUANTO CONCIERNE Á LA CÓRTE DE ROMA,

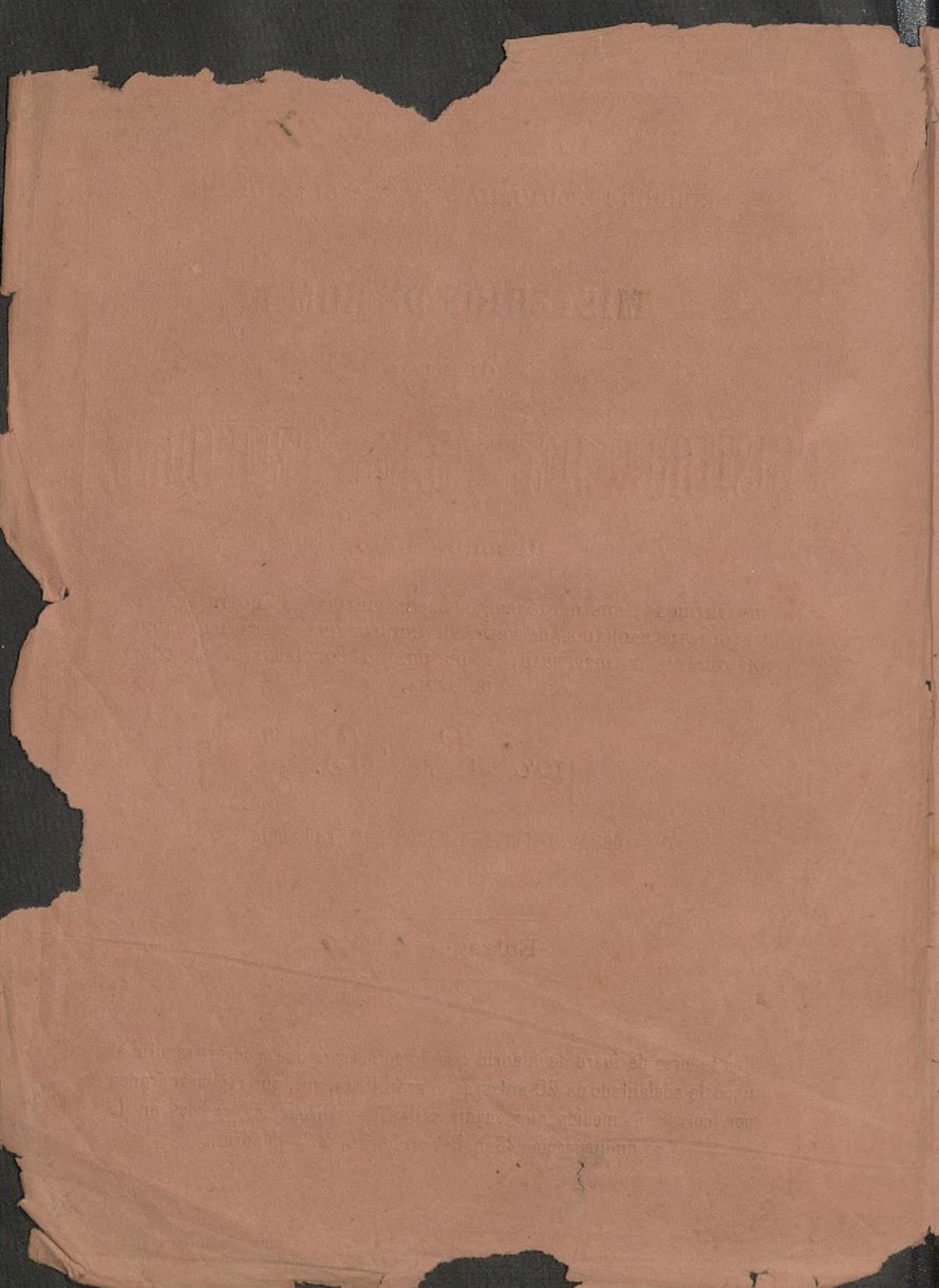
por E. V.

OBRA DE MUCHA UTILIDAD É INSTRUCCION.

Entregas 3 y 4

Los señores de fuera de Madrid que desean suscribirse, podrán remitir el importe adelantado de 20 entregas, ó sean 10 rs. vn., que recibirán franco por correo á medida que vayan saliendo.—Dirigir los pedidos en la Administracion, San Bernardo, 54, 2.º—Madrid.

L47
3829



que tanto ambicionaba, sólo lo apetecía como medio de poderse enriquecer.

Colocóse con audacia á la cabeza de aquel ejército de mujeres, que en Roma se hallan siempre en medio de todas las intrigas, de todos los favores, de todas las gracias y de todas las combinaciones políticas: así es que su palacio fué elegido como centro de operaciones de aquella congregación femenina, que lo mismo le daba hacer comercio con las cosas mundanales, como con los más sagrados objetos.

Esta situación amenguó el buen nombre de doña Olimpia; mas ésta, que era poco escrupulosa en emplear cualquier medio que la condujese al fin que se proponía, no reparaba mucho en violentar sus antiguos principios de honradez y moralidad.

En la época en que pasaban los acontecimientos que vamos relatando, Doña Olimpia, si bien se hallaba colocada en una esfera superior á las más afamadas cortesanas, en cambio era ya muy inferior á las que tanto por su nacimiento como por el nombre que le diera su esposo, habria tenido derecho á considerar como iguales á ella.

La condesa de Serravalle era la persona con quien estaba conversando en el palacio de la plaza de Navona, Monseñor Panfilio, uno de los más astutos prelados del clero romano.

Panfilio, vástago de una familia noble, habia ingresado, siendo todavía muy jóven, en la magistratura eclesiástica; y aunque no sobresalió por su mérito y capacidad, se hizo en breve notorio por su astucia.

Educado por jesuitas, poco tardó en comprender é imitar los ejemplos de sus maestros.

956b

Pedro Serravallo ²
[Signature]

Aunque Panfilio se hacía dar el tratamiento de Monseñor, no había recibido las sagradas órdenes; era únicamente uno de los familiares de la Iglesia, y siempre había vestido de semi-seglar, semi-elesiástico; su inclinacion y sus afeciones le arrastraban en pos del clero, al que debía una posicion á que jamás habria llegado; y como el tratamiento de Monseñor era anejo á vários de los cargos que había desempeñado, lo conservaba únicamente para satisfacer su vanidad.

Monseñor Panfilio había perdido á sus padres siendo todavía un niño: á la muerte de éstos heredó una fortuna considerable, la que junto al producto que le proporcionaron los cargos que había desempeñado, le colocaba en una brillantísima posicion.

Su existencia, ya considerada bajo el punto de vista religioso, ya político ó civil, puede decirse (séanos permitida la comparacion) que siempre había sido anfibia; ora acogíendose á esta fraccion, ya ofreciéndose servilmente á la otra; en una palabra, era D. Panfilio uno de aquellos hombres que no teniendo dignidad ni delicadeza, siempre se agrupaba á los que podian proporcionarle riquezas y honores.

Cuando á principios de este siglo y bajo los Pontificados de Pio VI y Pio VII, Roma fué tan maltratada, ya por el cautiverio de sus Papas como por los combates que sufrió el poder temporal de los Pontífices, Panfilio se había refugiado en las regiones diplomáticas; porque, segun sus cálculos, de aquella manera siempre tenía un pié en Roma y otro en tierra extranjera.

En dicha época se declaró nuestro hombre gran parti-

dario de los franceses, que á la sazón eran dueños de Roma; así es que les dió numerosas pruebas de fidelidad y cariño, por más que en Monseñor Panfilio todo era fingimiento: se le dieron cargos en todos los arreglos hechos entre la córte de Roma y el Imperio, con el fin de regularizar en Francia el ejercicio de la religion católica; empleó en el desempeño de sus funciones tal astucia y buen tacto algunas veces, que en várias ocasiones le valió los plácemes de Napoleon y las bondades del Papa.

Más adelante, cuando otros acontecimientos favorecieron el regreso del Papa Pio VII, Panfilio, á quien este Pontífice trataba con suma deferencia, fué el consejero que indirectamente le hizo tomar ciertas disposiciones, que sólo eran una retractacion de sus propios actos, dando con esto un escandaloso ejemplo á la faz del mundo; demostrando que tambien los Papas están sujetos á los errores mundanos, razon por la que no son ni pueden ser infalibles, como algunos incautos han llegado á creer.

Fué tambien el confidente de aquellos dos Cardenales que dictaron al Papa la retractacion del Concordato con Francia, y del cual el Pontífice decia en la carta que con fecha 24 de Mayo de 1813 dirigió á Napoleon: «EL ESPÍRITU
»DE LAS TINIEBLAS HA SIDO QUIEN ME HA DICTADO TODOS LOS
»ARTÍCULOS DEL CONCORDATO.»

Monseñor Panfilio fué asimismo el agente secreto de las persecuciones de que fueron víctimas en Roma los que se habian mostrado favorables á los franceses, y que gracias á aquel inicuo delator, unos fueron condenados á muerte, otros á presidio, y muchos á la expatriacion.

A él se atribuye la redaccion de la bula que en 1814,

en ocasion á que se celebraba la fiesta de San Ignacio de Loyola, restableció la orden de los Jesuitas: los términos en que está concebida dicha concesion, merecen que los historiadores fijen en ellos su atencion.

Entre otras cosas por el mismo estilo, dice:

«El mundo católico clama con unánime voz el restablecimiento de los PP. Jesuitas, y la gloria de nuestra santa religion exige que oigamos y prestemos nuestra benevolencia al clamoreo general, reorganizando nuevamente esta sagrada milicia: nos creeríamos criminales ante Dios, si en medio de los inmensos peligros y tribulaciones por que atraviesa la gran REPÚBLICA CRISTIANA, descuidásemos nuestros deberes y no pusiéramos en juego los poderosos auxilios que Cristo nos concede con ESPECIAL predileccion.»

Y más adelante las siguientes frases, que tan mal se avienen á las precedentes:

«Obligados por tan poderosas razones, hemos decretado CON CIENCIA CIERTA y en virtud de la plenitud de los poderes apostólicos, cuya validez es perpétua, que todos los privilegios, concesiones, facultades y derechos otorgados á los RR. PP. Jesuitas del Imperio ruso y del reino de las Dos-Sicilias, se extiendan de hoy en adelante á los de nuestros Estados eclesiásticos, así como tambien á TODOS los de los demás reinos.»

Esta bula fué remitida desde el Vaticano al gabinete de las Tullerías, como un cariñoso obsequio á la restauracion; mas tan pronto como Pio VII tuvo noticia de la vuelta de Napoleon, se fugó, tomando el camino de Génova, acompañado de Monseñor Panfilio.

Durante el reinado de Leon XII, todo era semi-grotesco en la corte de Roma; publicóse un jubileo que llenó las calles de ridículas procesiones; ¡torpe recuerdo de una época de tinieblas y de ignorancia!

En aquella época, que fué como el símbolo del retroceso, se mandó desde el palacio del Quirinal al pabellon de Flora y destinado al duque de Angulema, un espadon, enorme *capellone*, guarnecido de rica pedrería, y para la duquesa su esposa, el martillo de plata con el que el Papa habia abierto la *Porta santa*: debemos advertir que esta ceremonia sólo tiene lugar en los jubileos: envíeles el Pontífice, además de los dos principales objetos que acabamos de indicar, medallas, estampas, camafeos y reliquias: estos regalos hechos á individuos de la familia real de Francia, eran muy á propósito para avivar más y más el odio y las persecuciones contra las modernas libertades políticas á tanta costa conquistadas.

De manera que Panfilio fué en todos tiempos el agente más activo de todos aquellos actos á cual más extravagantes, y que estaban tan en contraposicion unos de otros, sobreviviendo de esta suerte á las ruinas de tres Pontificados: era aquel hombre un resumen de aquellos reinados de triste recuerdo: ¡y cuántas veces el despecho de la opinion pública traian á su memoria todas las farsas y palinodias en que habia tomado parte!

Monseñor Panfilio habia adquirido con justicia el renombre de coqueton y disipador, á la par que de caprichoso y extravagante; y en verdad que su extravagancia debia rayar en lo sumo, pues á fuerza de insinuosos y repetidos consejos, consiguió que el Papa Leon XII diese un

golpe terrible á la sociedad romana, reformando todo el lujo y las costumbres de la ciudad eterna: los ataques de aquellas disposiciones alcanzaron por de pronto á los bailes, á los trajes, al mueblaje y á toda clase de espectáculos: el tocado de las mujeres tampoco se libró de aquellos decretos: prohibióse á las modistas y costureras el corte y confeccion de vestidos escotados, bajo pena de excomunion: verdad es que la lujuria romana y sus bacanales orgías jamás habian alcanzado tanto desarrollo como en tiempo de aquellas prescripciones. El encono de las romanas por Panfilio fué implacable; y más adelante tuvo que comprar á fuerza de ducados el olvido y perdon de aquellas vanidosas cortesanas.

Monseñor Panfilio no ignoraba que el odio que inspiraba á los romanos era general; pero sabía perfectamente disimular su despecho, del mismo modo que Doña Olimpia hacia violencia á sus ardientes pasiones afectando una gran calma y serenidad: de manera que nuestros dos personajes se hallaban perfectamente de acuerdo: ambos eran á la vez partícipes de sus mútuas ambiciones y deseos, sin embajes de ninguna especie.

Doña Olimpia veía plancentera acercarse la época de las elecciones, en las que su cupidez le haria vender á buen precio cada uno de sus pasos, y sacar gran partido de su influencia en el próximo cónclave, en el que presagiaba recoger buena cosecha de oro.

Panfilio, en medio de la intranquilidad de su conciencia, sólo se fijaba en su inviolable fidelidad á los jesuitas y á los intereses de éstos; otro sentimiento estaba tambien muy arraigado en él; era el odio que tenia á los franceses,

porque sabía que eran enemigos de la Compañía de Jesús, á la que él se habia entregado en cuerpo y alma.

Monseñor dejaba entrever á la condesa de Serravalle la probabilidad de que el cónclave para la eleccion de un nuevo Papa, sería convocado en los primeros dias del siguiente mes de Diciembre; y esta profecía, que le habia sido transmitida por el eco de las bóvedas del Quirinal, le parecia mucho más cierta que la infalibilidad del Pontífice, á quien la muerte no tardaria en hacerle pagar el tributo que á todos nos han impuesto las leyes de la naturaleza.

Apénas la noticia del peligro en que estaba la vida del Papa se hubo esparcido en el sacro colegio, cuando causaba asombro el ver de qué manera tan súbita se convertian los Cardenales; todos aparecian en extremo piadosos y en un recogimiento admirable: concurrían presurosos á los templos; todo en ellos parecia la más profunda devocion: aquellos que siempre se habian entregado á los vicios, ahora demostraban ser los más cándidos y puros: para seducir á la multitud, otros cuya arrogancia y brutal altivez eran de todos conocidas, se habian trocado en seres humildes, afables y bondadosos. Es decir, que á la proximidad del cónclave, parecia que el clero romano estaba compuesto de una coleccion de santos.

Esto era lo que Doña Olimpia llamaba *La portiera del pontificado*.

Entre muchos de aquellos señores se estaba representando otra comedia no ménos interesante: los más sábios querian aparecer como ignorantes, porque sabian muy bien que el sacro colegio era enemigo de las luces; razon por la que siempre estaba en pugna con la ciencia: otros por

el contrario, siendo unos ignorantes, se jactaban de poseer profundos conocimientos en muchas materias, con el solo fin de obtener los sufragios de los necios que querian captarse su voluntad: todas estas maniobras han dado lugar al proverbio aquel que dice: «*Nella corte di Roma, quel che mostra di saper tutto, sa niente; chi finge di saper niente, sa il tutto.*» En la corté de Roma, el que pretende saberlo todo, no sabe nada; y el que finge no saber nada, lo sabe todo.

Luego aparecía aquella larga série de engaños y mentidos achaques, con los que cada cual procuraba captarse más votos; unos se mostraban abatidos bajo el peso de una falsa ancianidad: otros afectaban unos sufrimientos que no existian; y todos á porfia imitaban á aquellos mendigos que invocan la piedad del transeunte con la apariencia de males que sólo son obra de su impostura.

Sin embargo, los bandos se organizaban en todas las regiones de la poblacion de Roma, las influencias más humildes y las recomendaciones de todas las clases del pueblo eran solicitadas con avidez por los diversos partidos que se disponian para la lucha, en cuyo combate el vencedor sería el dueño del Pontificado.

En esta solemne ocasion Doña Olimpia habia recobrado el albedrío, la fuerza y la agilidad de los primeros años de su juventud. Lo que ella queria era un Papa que siendo fiel á las tradiciones que le habian legado tres Pontificados, continuase la obra restauradora de la órden de los Jesuitas y la abolicion de las modernas libertades políticas y sociales.

Nada tenian que ver la religion ni la política con los

prodigiosos esfuerzos de Doña Olimpia; lo que ella deseaba era alejar los obstáculos que se oponían á la realizacion de sus personales aspiraciones. No perdonaba ninguno de los medios que podían asegurar á su empresa un éxito feliz. Entregada enteramente á una eleccion misteriosa que halagaba sus propios sentimientos, iba disponiendo los votos para su candidato predilecto.

Sondeaba con la perfidia y la astucia que le eran propias los sentimientos de todos los Cardenales, y aquel en quien ella tenia el pensamiento fijo, era precisamente el hombre de quien hacía ménos elogios; pero sabía muy bien lo que debía decir para persuadir á aquellos de quienes queria arrancar los sufragios.

Empleaba los dias haciendo numerosas visitas, y en todas partes lograba obtener nuevos auxiliares.

Mientras Doña Olimpia practicaba aquellas diligencias, y cuando más embebida estaba en sus combinaciones, vióse de pronto sorprendida por el tañido de la campana mayor del Capitolio, que lanzada á todo vuelo, anunciaba á la capital del mundo católico el fallecimiento del soberano Pontífice.

II.

El día 30 de Noviembre de 1830, Pio VIII entregaba su alma al Criador en el palacio del Quirinal. Sus restos mortales fueron expuestos en la capilla Paulina de aquella residencia pontifical, despues que siguiendo las tradicionales costumbres en estos casos, fueron sus entrañas encerradas en una urna y depositadas en la iglesia de los santos Vicente y Anastasio.

Así que el Papa hubo exhalado el último suspiro, el Cardenal camerlingo, que es el que gobierna la Iglesia y administra la justicia en su nombre, se constituyó en el Vaticano y en el Quirinal, para tomar posesion de ambos palacios en representacion de la cámara apostólica.

En señal de luto, vestia color morado; los clérigos que le acompañaban vestian de negro: no fué permitida á ninguno de los demás Cardenales la asistencia á aquella ceremonia.

El camerlingo tomó inventario de los muebles y demás

efectos existentes en dichos palacios, y acto continuo mandó que la fuerza armada se posesionase de las puertas de la ciudad, del castillo de San Angelo, de los demás fuertes y de los puntos más concurridos de la población.

Llenadas estas formalidades, salió montado en una magnífica carroza: abría la marcha una compañía de guardias del Papa; la guardia suiza que suele acompañar á Su Santidad, cerraba el cortejo dando la escolta de honor.

La sonora y potente voz del *campanone*, no tan sólo pregonaba la muerte del Pontífice, sino que á la vez anunciaba á los habitantes de Roma que se habían tomado las disposiciones necesarias para que no llegara á turbarse la tranquilidad pública.

La distancia que media del Quirinal al Vaticano es corta, y poco tardó el camerlingo en penetrar en la régia morada.

Al poner los piés en el aposento del Papa, llamó tres veces consecutivas á Su Santidad; mas al llamarle lo hizo sin darle título ni tratamiento alguno: pronunciando pura y simplemente su nombre de pila, por tres veces exclamó:

—¡Francisco! ¡Francisco! ¡Francisco!!!

Penetrando despues en el gabinete del Papa, hizo pedazos el sello de la Iglesia y el anillo del pescador, á fin de que nadie pudiera expedir breves mientras estuviera vacante la silla apostólica.

El anillo del pescador que el Papa lleva en el dedo anular de la mano izquierda, tiene grabada en piedra la efigie de San Pedro, siendo un atributo de pesca cuyo anzuelo aparece sumergido en el agua.

El sello de la Iglesia ostenta grabados los bustos de San Pedro y San Pablo, el del Pontífice reinante y una cruz. Este sello es regalo que hace el Senado romano á los Papas á su advenimiento al s6lio pontificio: calc6lase su valor en doscientos ducados romanos.

Despu6s de esto, y en presencia del gran canciller y principales oficiales de cancillería, el camerlingo inutilizó el sello de bulas, borrando á este efecto el busto del Pontífice difunto: este sello y el timbre particular del Papa, que suele tener por divisa algun pasaje de la sagrada Escritura, fueron conservados y cuidadosamente guardados.

Siendo la Basílica de San Pedro el punto designado para dar sepultura á los Papas, llévanse allí los restos de los que mueren en Monte-Cavallo, en el Quirinal y demás residencias pontificias.

Desplégase siempre en esta ceremonia una magnificencia grandiosa y solemne.

El cortejo fúnebre salió del palacio del Quirinal de noche y á la luz de numerosas antorchas: el cuerpo del Papa, puesta la estola en el cuello y revestido de pontifical, estaba colocado en una riquísima camilla descubierta y expuesto á las miradas del pueblo, que se agrupaba en tropel, ávido de poder contemplar al que, pocas horas ántes, era todavía Papa y Rey. Formando el cortejo, veíase una gran afluencia de prelados, de *monsignori*, de eclesiásticos y religiosos de todas órdenes, montados en soberbias mulas ricamente enjaezadas de negro. Vários escuadrones de caballería ligera y de coraceros seguían la comitiva, cuya marcha cerraban algunas piezas de artillería en seña de soberana grandeza.

Tres dias estuvo el cuerpo del Papa expuesto en la iglesia de San Pedro.

Un grandioso catafalco habia sido erigido en la capilla del Santísimo Sacramento: el cuerpo fué colocado de manera que los piés salieran por el enrejado, á fin de que la muchedumbre pudiera rendirle un tributo de respeto y veneracion besándole los piés.

Doce antorchas iluminaban el féretro, sin más guardian que un monaguillo; éste tenia dos ocupaciones: consistia la primera en impedir á las moscas que se posasen sobre el visaje del Papa; y la segunda en vigilar á cierta clase del pueblo, que no contento con tener la honra de besar las ricas zapatillas del Pontífice, llevaba su devocion hasta el punto de quererle aligerar de aquel peso.

—En este relato ¿no se ve acaso el carácter del clero romano y del pueblo de la ciudad santa en toda su desnudez? Por un lado, el menosprecio y abandono de los curas de Roma por lo que la Iglesia debe tener en más veneracion: por otro, al pueblo de Roma mezclando como siempre en sus homenajes aquel espíritu de rapiña que le es tan familiar: tal es el carácter verdadero de los hechos.

Los funerales de Pio VIII duraron seis dias, en cuyo tiempo los Cardenales se congregaron varias veces para dejar en sus puestos, ó bien para destituir, á los jefes del ejército y de la policia.

En estas reuniones se elige tambien al que debe ser gobernador del cónclave, que lo es á la vez del *Borgo*: nombrense asimismo los médicos, los cirujanos, y en general todas aquellas personas que deben asistir á los Cardenales mientras dura la eleccion del nuevo Papa.

Al propio tiempo el sacro colegio daba audiencia á los embajadores de las demás córtes, en las que se daban mútuas seguridades de cordial afecto, y se hacian mil ofrecimientos de defensa para proteger la libre accion del cónclave. Al entrar los ministros extranjeros en el salon Real, que es en el que tiene lugar la recepcion, hincan por tres veces la rodilla, como si el Papa estuviera presente; y sólo se levantan á la indicacion del Cardenal decano, que contesta á sus discursos en nombre del sacro colegio.

¿No parece increíble que los que rigen los destinos de las naciones, dejen envilecer á tal extremo los representantes de los pueblos? ¿No es el mayor de los absurdos el ver que Roma, en Europa y en el pleno siglo XIX, exija y obtenga estas demostraciones de servilismo, que hasta el despotismo de Oriente tiene ya abandonadas por lo ridículas que son?

Las autoridades, tanto civiles como militares de Roma, y los representantes de los Estados que dependen de la Santa Sede, fueron tambien á prestar juramento de fidelidad y obediencia á los Cardenales.

La oracion fúnebre fué pronunciada el último dia de los funerales: con este acto supremo terminaron las ceremonias hechas en sufragio de Pio VIII.

III.

—Estaba ya próxima la abertura del cónclave.

Mientras se llenaban estas formalidades en el Vaticano, la poblacion de Roma, no solamente distaba mucho de permanecer inmóvil, sino que léjos de mostrar indiferencia, se movia por todos lados.

Doña Olimpia, á la cabeza de aquellas mujeres cuyas íntimas relaciones con los Prelados y Cardenales de Roma se hacian poderosas, desplegaba una actividad prodigiosa.

Por su parte Monseñor Panfilio formaba parte de todas las intrigas, ocupándose sobre todo en asegurar el triunfo del bando jesuítico.

Monseñor Panfilio y la condesa de Serravalle estaban ligados desde mucho tiempo por misteriosos lazos: el odio y el desprecio que se profesaban mutuamente, tenian que ceder ante la imperiosa necesidad de una alianza que era en ellos indispensable; no siéndoles, pues, posible una separacion, se habian unido estrechamente.

Para comprender el plan y las tramitaciones de doña Olimpia, es preciso tener en cuenta que las mujeres de Roma han tenido en todos tiempos una gran influencia en las clases eclesiásticas; en aquel Estado *puramente católico*, el poder de las cortesanas y de las favoritas ha ido mucho más allá que en las córtes más disolutas.

En todas épocas se ha visto á los Pontífices y demás Príncipes de la Iglesia dominados por las mujeres: quienes más de una vez han llevado hasta la audacia los excesos y abusos de tan vergonzoso poderío.

Las mujeres de Roma dirigen todos sus golpes al clero, ¡y cuántas veces han proclamado en alta voz que más quieren reinar en una ciudad poblada de curas, que gobernar un reino habitado por apuestos caballeros!

Por otra parte Doña Olimpia estaba orgullosa del nombre que llevaba; y recordaba con cierto aire de presuncion á otra Doña Olimpia, que bajo el Pontificado de Inocente X, habia gobernado por espacio de once años los Estados de la Santa Sede.

Las mujeres que Doña Olimpia habia arrastrado en pos de su bandera, despleaban tal ardor y celo, y obtenian tales ventajas sobre los demás partidos, que llegaron al punto de que se las llamase *le donne-prelati*; al revés de aquellos á quienes ellas tenian en sus redes, pues de estos se decia que eran *prelati-donne*: todo lo tenian previsto aquellas buenas señoras: á los españoles les cacareaban el cariño que su candidato profesaba á España: á los franceses se les recordaba sin cesar cuán simpática le era la nacion francesa; y las mismas alimañas se repetian con los diplomáticos de todas las naciones.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

RESEARCH REPORT

Submitted by [Name] to the Department of Physics, University of Chicago, on [Date].

ABSTRACT

This report describes the results of an experiment on the [Topic]. The data show that [Description of Results].

EL IDIOMA FRANCÉS

PUESTO AL ALCANCE DE LOS ESPAÑOLES.

Ó SEA

EL NUEVO SISTEMA PRÁCTICO.

Contiene: un método sumamente fácil para aprender á leer con brevedad la lengua francesa: elementos de analogía gramatical: veinte reglas para aprender *todas* las conjugaciones: un índice que comprende más de 1500 infinitivos de los verbos más en uso, con sus pasados de participio, á fin de facilitar las conjugaciones: un cursillo de las frases más necesarias en la conversacion. Tres cursillos prácticos de fraseología graduada, y un vocabulario con 7300 voces ó palabras más en uso.

OBRA DEDICADA Á SU PATRIA

POR

D. ENRIQUE BENAVENT.

Este utilísimo libro constará de unas 36 entregas de ocho páginas en 4.º, al precio de medio real en toda España.

Los suscritores de fuera de Madrid podrán remitir el importe adelantado de 10 entregas, que recibirán franco por correo á medida que vayan saliendo.

Se repartirán dos entregas semanales.

Dirigir los pedidos á D. Enrique Benavent, calle de Oriente, núm. 6, cuarto 3.º, Madrid.